

"EL HOMBRE MEDIEVAL Y LA GUERRA: APROXIMACION" (*)

Luis Rojas Donat (**)

Non quaeritur pax, ut bellum exercentur.
sed bellum geritur, ut pax acquiratur.
Augustinus ad Bonifacium

San Jerónimo allá en Judea, en el confín oriental del Imperio romano, abrumado por la noticia que llega de Occidente, suspende un instante su trabajo... "¿Quién lo había de creer? ¿Qué historias comprenderían con palabra digna que Roma luchaba dentro de su propio seno no por la gloria, sino por la vida?... Mientras estas minuciosas se agitaban en Jerusalem, llega de Occidente una noticia espantosa: Roma estaba cercada y la vida de los ciudadanos se redimía a peso de oro, y una vez despojados, volvían otra vez a ser sitiados, para perder a la par hacienda y vida. La voz se me pega al paladar y los sollozos interrumpen las palabras que dicto. Es tomada la urbe que antes tomara el orbe entero..." (1)

Así comienza tradicionalmente la Edad Media. Junto a esta aciaga fecha de 410, la desaparición del último emperador romano de Occidente, en 476, marca el fin del Mundo Antiguo y el comienzo de la Edad Media. Dos hitos bélicos han servido para fijar, convencionalmente, el inicio de una nueva época en la historia Universal. Es la guerra, o, de un modo más amplio, la Política, el criterio que ha prevalecido en la Historiografía. No hace falta probar lo arbitrario de esta imposición, pero —con todo— tiene mucho de verdad porque el Mundo Medieval se caracteriza, entre otros aspectos, por una proliferación desmesurada de la vida militar que invade todos los ámbitos de la sociedad. Tal vez no halla en la historia de Occidente otra época en que la guerra no sea el aspecto que traspasa casi todos los signos de una civilización. Como ha expresado Jacques Le Goff, prácticamente no hay institución, personaje, expresión artística, pensamiento, controversia filosófica o religiosa, poesía, tratado o suma, etc., en que directa o indirectamente no se conecte con la guerra, con las acciones guerreras, con la mentalidad guerrera. Porque sobre el fundamento de sus prerrogativas, sus prioridades, sus privilegios, sus imperativos, sus causas y sus secuelas, se edificó una civilización que, en la mayoría de sus caras, resulta tan diferente a nuestro mundo. ¿Cómo es posible que sobre la base de la guerra, que es sinónimo de muerte, destrucción y desolación, se haya construido nada menos que una civilización?... se construyó... lentamente... muy lentamente, con el evangelio, la espada y el arado, una cultura que es muy distinta a la nuestra, a veces francamente contradictoria, casi incomprensible, hermética; otras veces humana, piadosa hasta el extremo, profundamente penetrante.

(*) Con algunas modificaciones, el texto de este artículo corresponde a una conferencia dictada por el autor en el ciclo: "El significado de la guerra en algunos momentos de la historia", organizado por la Carrera de Historia y Geografía del Instituto Profesional de Chillán, los días 5 y 6 de mayo de 1988.

(**) Profesor de Historia Medieval y América Colonial de la Universidad del Bío-Bío.

(1) Ep. 123 y 127. Vid. SAN AGUSTIN: *Las Revisiones*, L, II, cap. XLIII, 1. *Sermo* 81, 9 Cfr. *De civitate Dei*, introducción de V. Capánaga, B.A.C. (Madrid, 1977). Indispensable COURCELLE, PIERRE: *Histoire Littéraire des grands invasions germaniques* (Paris, 1964) 1.

Claro está, la guerra como en toda civilización, es lo que más impacta, lo que aparentemente más repercusiones y ecos refleja en la profundidad de los tiempos. Es lo que, de algún modo, resulta más fácil de historiar ya que son los rasgos excepcionales los que primero saltan a la vista. Además, porque, a fuerza de acechar la novedad para captarla en cuanto asoma, se olvida de todo lo que permanece, que es —a decir verdad— lo más en toda vida individual y colectiva. Pero, aceptando la ubicuidad de la guerra en la Edad Media, con todo ello, no define el tono de la vida medieval.

I. VIDA CABALLERESCA

Desde muy temprano, la sociedad alto-medieval se estructuró de una manera aristocrática, es decir, de acuerdo con una escala jerárquica de estamentos. Fue una conceptualización surgida al interior de la Iglesia, de hombres sabios e instruidos, y que primero se había aplicado a los sacerdotes y a los monjes para colocarlos aparte de los laicos. Sin embargo, surgió entonces una nueva subdivisión de los laicos. De una parte, los pocos hombres ricos que no se dedicaban a otra labor que no fuera el arte militar, oficio que se fue haciendo cada vez más importante en una sociedad que había ido perdiendo progresivamente su seguridad interna. Este arte militar contemplaba la obligación de defender con las armas a las demás categorías sociales. El otro estamento era el orden de los trabajadores, la masa de los pequeños, de los pobres, de los rústicos. **Oratores, bellatores et laboratores** constituían toda la sociedad según los ideales que visualizaron ciertos círculos instruidos de la Iglesia. Esta idealización tenía correspondencia con la realidad ya que la sociedad, después del hundimiento de la civilización romana, se había simplificado hasta el extremo.

Nos ocuparemos de los que tenían por oficio el arte militar, pues en torno a ellos gira, principalmente, el tema de la guerra. Es cierto que constituye sólo una parte mínima de la sociedad, que es una elite, pero es elite influyente y ello la hace históricamente relevante.

Portar armas era, por entonces, uno de los privilegios de la libertad. La influencia del horizonte germánico había ido dando forma al comportamiento político de la Alta-Edad Media, en cuyo interior el vocablo **franco**, fue haciéndose sinónimo de libre (que llega a nuestros días), y, por ende, de guerrero (2). Los hombres libres tenían como primer deber público el servicio de la guerra. Pero, no todos eran libres y el concepto de libertad ha sido un asunto de difícil precisión entre los medievalistas. Aparte de la nobleza con sus privilegios, estaban los colonos, cuya diferencia con los esclavos era su deber militar para con el Estado; por encima de éstos aparece la capa de los campesinos libres o **Franci** —como le mencionan las capitulares— que cumplen también con la recluta y se procuran por sí mismos los pertrechos.

Promediando el siglo VIII, el ejército franco deja de componerse esencialmente de soldados de infantería, dejando el lugar más importante al grupo de jinetes que, libres de las fatigas de las largas caminatas, van tomando poco a poco una valía preponderante en la batalla. En el sitio de Sünthal, en 782, los Francos huyeron "tan pronto como se lo permitía la rapidez del caballo" (**prout quemque velocitas equi sui tulerat**). En 784, Carlos, primogénito de Carlomagno, libra un encuentro con los Sajones cerca de la Lippe, en el Dreisgau, y esta vez los hace huir "después de un combate equestre" (**commissio cum eis equestri proelio**). Los Anales de Fulda, en fecha de 891, destacan que los Fran

(2) BLOCH, MARC: *La Sociedad Feudal* (México, 1958) I, pp. 295-6; 172. LOT, FERDINAND: *L'Art Militaire et les Armées au Moyen* (Paris, 1946) I, p. 91.

cos no saben combatir a pie (*francis pedetemption certare inusitatum est*). (3).

La batalla a caballo entró tan profundamente en las costumbres militares, que los mismos piratas normandos llegaron a transformarse en caballeros hacia mediados del siglo IX. Por ello es que toda la carga, pero también todo el prestigio de la función militar, era privilegio de los combatientes de a caballo. *Miles* es el título que comienza a serles atribuido en los documentos latinos, para diferenciarlos de los demás; en esto ha sido concluyente Francois-Louis Ganshof (4). Las lenguas vernáculas son más explícitas: *miles* es traducido por *cavalier*, o, como se decía en el Norte de Francia, *chevalier*. Así, en la medida en que se tiene la idea de que combatir es la actividad específica del hombre libre, la libertad completa se restringe a una pequeña elite militar.

Esta elite militar, es también la elite de la riqueza, pues para ser caballero hay que ser rico. En efecto, los combatientes de la Alta Edad Media estaban obligados a equiparse a sí mismos, sin ninguna ayuda de la autoridad. Ante la falta de medios, la mayoría se presentaba provisto de un armamento de suyo rudimentario (5). Ahora bien, en un tiempo en que el ganado de alzada, mal alimentado y en extremo deficiente, el caballo era un elemento rarísimo cuyo mantenimiento suponía que el amo disponía de un exceso de provisiones. Además, era necesario otros caballeros para montar al escudero y al paje, y también para el transporte de todo tipo de provisiones indispensables para una campaña lejana de una duración de, a lo menos, tres meses. Por último, las armas eran de tal manera caras que el armamento completo estaba reservado a los poseedores de un capital considerable, esto es, como propietarios o beneficiarios de, al menos, 12 mansos de tierras (120 ó 180 ha). (6).

También las obligaciones que implicaba el ser caballero eran bastante exigentes; había que adiestrarse con demorosa constancia en la difícil técnica de la lid a caballo, había que hacer guarnición periódica en las fortalezas, algunas de ellas lejanas o fronterizas, había que sumarse a las expediciones emprendidas regularmente en primavera y en verano; es decir, en el momento en que la tierra reclamaba los cuidados más asiduos para garantizar una buena cosecha (7). Se necesitaba, entonces, por sobre todo, *otium*, y estar lo suficientemente dotado de recursos como para encargar a subordinados leales el mantenimiento de la casa (*mansus dominicalis*) y la explotación del dominio con su gran número de arrendatarios (*mansii*). De este modo, la *militia*, esto es, la caballería, fue configurándose en una categoría social cada vez mejor delimitada y reuniendo a la alta aristocracia terrateniente alrededor de la especialización militar. Las capas superiores de la sociedad carolingia estaban constituidas por doscientas o trescientas familias condales (*comites*) (8).

Tan semejante al campesino por su vulnerabilidad ante los peligros naturales, el caballero se distinguía, sin embargo, en virtud de un rasgo fundamental: no trabajaba. Precisamente, el trabajo ma-

(3) *Annales Royales* Ed. Kurzel: 63; *ibidem*, p. 69. *Annales Fuldenses*, p. 120 respectivamente. Apud LOT, FERDINAND: *L'Art Militaire...* 1, pp. 93-4.

(4) *Miles* conoce un éxito especial en el siglo XI, e incluso a principios del siglo XIII, que subraya de manera impresionante el carácter cada vez más militar de las relaciones feudo-vasalláticas. GANSHOF, F.L.: *El Feudalismo* (Barcelona, 1981) p. 47; III-2. DUBY, GEORJES: *La noblesse dans la France médiévale*. Revue Historique (1961).

(5) Para cumplir con el servicio militar era necesario ser propietario o tenerlo, a lo menos, 4 mansos (10 a 15 há. c/u). De este modo, era inevitable que el ejército no tuviera contingentes considerables. Sin embargo, en 808 Carlomagno exigió que aquel que tuviera menos de 3 mansos, se enrolara también, pero *ayudado* —esto es, equipado y aprovisionado— por algún vecino poseedor de sólo 1 manso. De dos poseedores de 2 mansos c/u, uno de ellos partiría, en tanto el otro procuraría la ayuda. Aquellos que poseyeran 1 manso se agruparían en 4: uno partiría, los otros ayudarían. Sobre estas disposiciones, capitulares de 808, 829 y 864. Vid. LOT, F.: *L'Art Militaire*, 1, p. 91.

(6) *Capitular de Thionville de 805* apud LOT, F.: *L'Art Militaire...* 1, p. 93.

(7) Teóricamente, el rey, de acuerdo con sus objetivos, mantenía la leva el tiempo que deseara. De hecho, no podría prolongar la más de tres meses. Iniciados generalmente en mayo o en junio, estos guerreros, que eran a la vez propietarios rurales, les era necesario volver a vigilar la cosecha y la vendimia. Agréguese que, por entonces, sus provisiones de campaña han sido consumidas.

(8) DHONDT, JAN: *La Alta Edad Media* (Madrid, 1971), p. 45.

nual era una servidumbre indigna del hombre bien nacido, y sólo se consideraba verdaderamente noble el sustentado por las fatigas de terceros. En otros términos, no había que hacer nada, pero tampoco se debía tener apego a las riquezas, porque una de las virtudes cardinales de todo auténtico noble y caballero, es la que más exaltaron los que escribieron la literatura caballeresca: la **largueza**, el desinterés, la propensión al despilfarro (9). Por ello es que, dejando de lado consideraciones jurídicas, nobiliarias u otras, lo que verdaderamente y de hecho distinguía al caballero del **laborator**, no era sólo su condición de improductivo, sino su consumismo, ya que gastaba más que todos los demás. En efecto, "el poder necesitaba para ser reconocido manifestarse por medio de un gran derroche: numeroso séquito de leales, costosos adornos e imponente apariencia de los poderosos". A juicio de Huizinga, el pecado del período feudal fue la soberbia, vivida y sentida como tal. La sentencia **superbia initium omnia peccata est** (la soberbia es el comienzo de todos los pecados) nunca tuvo más vigencia que entonces (10).

II. LA CASTELLANIA

No es posible referirse a los bellatores sin hacer mención al castillo y su función de edificio esencialmente militar, pues en torno a él se ordenó la nueva estructura social (11). En el siglo XI el castillo era una construcción extremadamente simple: una torre rectangular de dos pisos, uno de los cuales —el inferior— servía como depósito de provisiones, y el superior, se utilizaba como estancia y lugar de retiro donde se organizaba eventualmente la defensa. Los muros estaban contruidos casi exclusivamente de madera, que es el material más accesible y más fácil de trabajar, pero que tenía el grave inconveniente de ser inflamable. Si pensamos que el fuego ha sido el arma más eficaz de los sitiadores, y, naturalmente, lo era en la Edad Media, se comprende la prioridad de proteger los muros de madera ante los ataques igneos. La defensa era precaria. Los grandes señores trataron de edificar sólidamente empleando la piedra. Pero esta sustitución de la madera por la piedra era verdaderamente costosísima puesto que había que contratar canteros y albañiles profesionales —que eran muy escasos—, a los que había que pagar (12). Hoy, quizá, estamos muy distantes de comprender cuán difícil significaba una empresa tal, porque el hierro tenía un altísimo precio tanto por su escasez como por que no había herramientas suficientemente duras para extraerlo. Agrégase a esto, los pocos artesanos capaces de dominar el difícil arte de la fundición y construcción de herramientas, los llamados **ministeriales ferrari** (13). Por consiguiente, las construcciones en piedra fueron raramente emprendidas, y las fortalezas de albañilería casi no se generalizaron antes de la segunda mitad del siglo XII. Sólo entonces, cuando comenzó a establecerse el Feudalismo, el castillo era, como todas las moradas del hombre en aquel tiempo, rudimentario y frágil. Sin embargo, la fuerza del castillo no residía en su construcción, más o menos sólida, como nuestra mentalidad tiende a ponderar. Lo mejor de su fuerza tenía su origen en la posición que ocupaba, pues la torre se erguía rotunda sobre un lugar elevado, de difícil acceso, y, si la orografía del lugar no ofrecía un sitio escarpado, se construía un cerro artificial rodeado de fosos profundos. Por último, más afuera de esta línea, se levantaba un talud sobre el cual

(9) Froissart, Commines, Joinville, Olivier de la Marche, Philippe de Mézières. Cfr. CALMETTE, JOSEPH: *Le Monde Feodal* (Paris, 1951). LATOUCHE, ROBERT: *Textes d'Histoire médiévale, V^o - X^o siècles* (Paris, 1951).

(10) HUIZINGA, JOHAN: *El Otoño de la Edad Media* (Madrid, 1981) pp. 40-2. GENICOT, LEOPOLD: *El Espíritu de la Edad Media*. (México, 1963) pp. 130-1.

(11) DUBY, G.: *La société aux XI^o et XII^o siècles dans la région maconnaise* (Paris, 1953). Indispensable su *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval* (Paris, 1962) 2 vols.

(12) Los actuales conocimientos hacen pensar que en el Occidente, salvo en la zona mediterránea, donde las casas fueron hechas de piedra, la mayoría se construyeron en barro y ramas, frágiles y efímeras. DUBY, G.: *L'économie rurale...* Libro I, cap. I.

(13) En el *Capitulare "de villis"*, estos oficios tienen el primer lugar en la disposición N^o 45: *ut unusquisque iudex in suo ministerio bonos habeat artifices, id est, fabros ferrarios...* (y a continuación nombra a los otros). DUBY, G.: *L'économie rurale...* *passim*. DOEHAERD, RENEE: *Occidente durante la Alta Edad Media. Economías y Sociedades* (Barcelona, 1974). BOUTRUCHE, ROBERT: *Seigneurie et Feodalité* (Paris, 1959), I.

había otra empalizada que rodeaba toda la fortaleza, y cuyo objetivo era detener en primera instancia al agresor, protegiendo, además, un amplio espacio en el que podían encontrar refugio las poblaciones de los **mansii** en caso de alerta (14).

Por todo esto, entonces, es que el castillo era mucho más que una construcción que albergaba a un hombre rico y sus dependientes. Una sociedad como la medieval, ávida de imágenes, que no es capaz de comprender abstracciones con tanta familiaridad como lo hacemos nosotros —o, al menos, su sistema de abstracción es distinto al nuestro— reacciona esencialmente a lo concreto. El castillo, pues, es la imagen misma de la seguridad colectiva, el símbolo y la sede del poder de mando militar para todos los pueblos y comunidades aledañas.

Estas fortalezas, a comienzos del segundo milenio, no eran numerosas, y no todos los nobles, ni con mucho, tenían su castillo. Sus constructores fueron principalmente los príncipes territoriales y ocasionalmente, también los grandes señores feudales. La densidad de estas construcciones era variable según los lugares. Se sabe que en el último tercio del siglo IX, se construyeron por doquier, especialmente en Francia y en Flandes. Mas, para entonces, no es tanto esta riqueza material lo que impresiona al hombre medieval; es la posición de la fortaleza, que se yergue inexpugnable al lado de las pequeñas chozas del campesino, fortaleza donde el señor mora rodeado de sus domésticos armados —los **antrustiones** (15)—, fortaleza que ampara a la comunidad en casos de peligro y donde se administra justicia. Es pues, todo el significado concreto y simbólico del castillo, lo que hace que este hombre se sitúe muy por encima de todos los demás poseedores y tenedores de la tierra. El castellano o alcaide, era el amo por excelencia, al que las actas oficiales concedían el nombre de “señor” (**dominus**) con todo su sentido jurídico (16). Tenía el deber y el derecho de mantener la paz en la región a su cargo (**chântellenie**). En relación con los temores de la población a su cargo, la misión de defensa contra los enemigos del exterior, constituyó una función primordial en un tiempo en el que todos vivían temiendo la llegada repentina de bandidos y saqueadores (17). No quedaba exenta de su efectivo y único poder en el territorio de la castellanía, la Justicia a través de los tribunales territoriales (**iudicia provincialia, vigneuries**) donde se ventilaban las múltiples querellas que sacudían al pueblo (18). La autoridad que detentaba provenía directamente del rey, pero la comunidad estaba lejana de poder comprender esa autoridad sin verla, pues ella sólo le conocía a él. En la sociedad medieval, ideas tales como, soberanía, comunidad política, estado, no tienen ya ningún sentido. Mandar o castigar a otros hombres es un atributo personal que se heredaba, se vendía como un pedazo de tierra, y quienes tenían la suerte de detentar esta autoridad, la ejercitaban en provecho propio, sin tener que rendirle cuentas a nadie, salvo al conde, al príncipe o al monarca. Sin embargo, por las enormes dificultades de comunicaciones permanecían casi siempre distantes y lejanos. Por ello es que para que esta autoridad pudiera ser reconocida, debía manifestarse en lo concreto. Nadie obedecía a un amo al que no veía, cuya voz no oía, de tal forma que la presencia física del señor era indispensable, y así su poder

(14) “... los hombres más ricos y más nobles de la región amontonan tierra, una mota tan elevada como sea posible, y excavan un foso tan ancho y de gran profundidad; y fortifican esta mota en toda su periferia mediante una empalizada de tablas... en el centro edifican una casa o mejor una fortaleza que domine a todo el conjunto”. Arcediano Gauthier de Théroanne *apud* POLY, J.P. BOURNAZEL, E.: *El Cambio Feudal (siglos X al XII)* (Barcelona, 1963), p. 23.

(15) GANSHOF, F.L. *El Feudalismo* (Barcelona, 1981). BLOCH, M.: *La Sociedad Feudal* (México, 1958) 2 vols. POLY-BOURNAZEL: *El Cambio Feudal* (Barcelona, 1983).

(16) Esta era una de las vías más ventajosas para la obtención de la riqueza, a saber, usurpar de los derechos fiscales de que era titular el rey, v.g., tributos. DUBY, G.: *La Société...* pp. 41-3.

(17) También de pueblos extranjeros: normandos, magiares, eslavos, MUSSET, L.: *Las invasiones: el segundo asalto a la Europa cristiana* (Barcelona, 1967).

(18) Otras atribuciones importantes, pero que rozan nuestro tema son: protegía las cosechas y vigilaba la mercancía; la seguridad pública; recaudación de pagos de índole diversa, exacciones, multas, etc. Todas las obligaciones, tanto políticas como sociales, debían ser pagadas por la población de su jurisdicción.

río no pudo extenderse más que sobre pequeños grupos de hombres reunidos (19). Esto es precisamente uno de los rasgos fundamentales de la sociedad medieval, llamada también **feudal**, esto es, que el poder ha dejado de ser una unidad para fragmentarse en una pluralidad de células autónomas que tienden a la autarquía. Así, la castellanía fue una célula política fundamental durante toda la Edad Media.

III. EL COMBATE

Con todo, en el centro de la actividad caballeresca hay que colocar lo que en realidad la define: el combate. Sus instrumentos eran, primero y en primer plano, el caballo, acompañante indispensable del guerrero y el signo más ostensible de su superioridad social. La mirada del caballero hacia la infantería es, indudablemente, la mirada de un jinete sobre peatones que no sólo están más abajo, sino que se trasladan por sus propias fuerzas. También se distinguía por su equipo particular, muy caro y por consiguiente, reservado sólo a su clase que podía procurárselo. Piénsese que la sola armadura valía tanto como una buena propiedad. Hacia el año mil, el armamento era todavía muy sencillo, para el encuentro, una lanza corta, empleada como jabalina y tirada desde lejos contra el adversario del caballero, como puede apreciarse todavía en los hermosos y fascinantes bordados del **Tapiz de Bayeux**, tejido hacia el año 1080 que describen la expedición del duque de Normandía Guillermo el Conquistador. Para el cuerpo a cuerpo, la espada muy larga y muy pesada. Tanta importancia tiene la espada que, al igual que el caballo, posee nombre propio en los poemas épicos (20). En la defensa, un casco de metal, el yelmo; el camisote de armas, de cuero reforzado en algunas partes con placas más espesas, colocadas como escamas (**broigne**); el escudo, de cuero también, redondo o triangular. Este equipo, relativamente ligero, permitía una gran holgura de movimientos.

Ligada a la importantísima difusión de la metalurgia del hierro, así como el incremento de las rentas señoriales, surge el perfeccionamiento de las armas defensivas. Una lámina metálica, el nasal, que protegía la parte anterior del rostro, se añadió el yelmo (**heaume**). El camisote de armas fue sustituido por la cota de malla, larga capa que cubría el cuerpo entero, desde la barbilla hasta las rodillas (**haubert**). Este nuevo equipo hacía prácticamente invulnerable al guerrero con respecto a las armas arrojadas (venablos, flechas y jabalinas). Además, al limitar el papel del ataque a distancia, restringió la fase decisiva del combate a la lucha cuerpo a cuerpo. También hizo que el caballero pesara más y fuese más difícil de transportar, a la vez que perdió libertad de movimientos. Fue, entonces, cuando el caballo tuvo que ser adaptado para cumplir una función nueva. Antaño, había sido utilizado sobre todo para la marcha de acercamiento, para la sorpresa, el atropello y la persecución, pero se le abandonaba en el momento de la lucha con la espada que se practicaba a pie. Poco a poco comenzaron a utilizarlo en plena lid.

La introducción del estribo, de la silla de montar y la herradura, dieron al guerrero más aplomo y estabilidad, porque lo aseguraban mejor a su caballo. Asimismo, el mejoramiento del animal mismo, más robusto y ágil, permitió sostener al combatiente con su nuevo armamento (21).

El enfrentamiento militar se fue convirtiendo en un choque de caballería que introdujo un nue-

(19) WEBER, MAX: *Economía y Sociedad* (México, 1944) I, pp. 204-213; 180-193; II, pp. 810-847.

(20) La *Yoyeuse* de Carlomagno, la *Scalebor* del rey Arturo, la *Fibnberga* de Bradimar, la *Durandal* de Rolando, *Tizón* y *Colada* del Cid.

(21) El estribo, la silla y la herradura son verdaderos hitos en la historia de la técnica bélica. Está asociado, indudablemente, a otros adelantos anexos y colaterales: los progresos de las técnicas agrícolas, la expansión de los barbechos trienales y el cultivo de la avena, propiciaron el mejoramiento de la cría caballar. DUBY, G.: *L'économie rurale...* *passim*.

vo método de ataque. Aferrando con una mano el escudo y con la otra la larga espada, el caballero cargaba al galope de su montura contra su adversario para desmontarlo. Caído por tierra con la violencia del golpe y trabado en sus mallas, el jinete quedaba fuera de combate durante algunos instantes. El caballero empleaba, entonces, una daga corta llamada *misericordia*, que, capaz de introducirse por los intersticios de la coraza, permitía liquidar al enemigo.

Todas estas innovaciones ampliaron todavía más la distancia entre el guerrero a caballo y el peón, el infante, cuyo papel se tornó despreciable. Cambió la mentalidad de los combatientes, ya que la indumentaria, protegiéndole eficazmente contra los golpes desde lejos, fue convirtiendo el encuentro en un duelo, donde cabía un cierto regateo entre el guerrero desarzonado y el vencedor. El combate, en estos términos, perdió buena parte de su carácter asesino, de su brutalidad irracional, porque surgió un elemento desconocido para el hombre del Alto-medioevo: el rescate. Este *rescate*, exigido bajo juramento al enemigo al que se le había perdonado la vida, penetró en las costumbres militares y modificó notablemente la práctica de la guerra.

Por su parte, la batalla adquirió otro aspecto. A comienzos del siglo XII, consistía ésta en una serie de enfrentamientos o cargas alternadas. Cada grupo de caballeros partía al encuentro del otro para regresar al galope a protegerse y rehacer su línea detrás de una cortina de infantes (*gens a pieds*) armados de jabalinas. Esta nueva disposición del combate hizo necesaria una determinada preparación, especialmente la elección de un terreno para las maniobras de los caballeros. Así, las planicies suaves, llanuras sin grandes accidentes, respondían a los requerimientos de la caballería que era, entonces, el elemento decisivo para el encuentro. Esto determinó una suerte de convenio previo entre los bandos antagónicos, lo que explica la función —casi incomprensible en la actualidad— de los heraldos de armas, emisarios encargados de fijar de antemano el día y el lugar del encuentro. Así, gracias al perfeccionamiento del equipo y la decisión anticipada del lugar, la guerra se convirtió en objeto de un estudio y planificación previa, que alcanza —diría yo— sus primeros aprestos de disciplina. Pero, claro está, la guerra no se encontraba exenta de riesgos. El cebo del rescate no era lo bastante poderoso como para frenar del todo el salvajismo de aquellos hombres habituados a luchar con bestias feroces e incapaces de dominar su cólera. Los campos de batalla que nos describen las canciones de gesta y las crónicas, están sembrados de cabezas cortadas y cráneos destrozados (22). Hacer juego limpio, prohibir que en el combate surja subrepticamente toda artimaña pérfida que pudiese falsear el desenlace —que en algunos círculos todavía se le concibe como un *iudicium Dei*—, tendió a convertirse en uno de los deberes del noble, en uno de los elementos principales de la moral caballeresca.

IV. LA PAZ

Después de verificarse la disgregación del Imperio carolingio, las instituciones que hasta entonces habían asegurado el orden en la sociedad franca —una *pax francisca*, diríamos—, dejaron un vacío. Frente a la impotencia de la sociedad feudal para contener los excesos de la soberbia, de la desmesura, alguien tenía que reaccionar. La Iglesia reaccionó solidarizando con aquellos que sufrían las

[22] Por ejemplo, la versión de *Mío Cid*:

Sácanlos de las tiendas, cáenlos en alcaz,
tanto braço con loriga veriedes caer a part
tantas cabeças con yelmos que por el campo caden
cevallos sin dueños salir a todas partes.

Textos de las ediciones de Ramón Menéndez Pidal (Madrid, 1919), cap. 118, p. 117.

lacrás de la violencia, pero también autoprotegiendo su patrimonio. Propone, pues, recordar a los hombres su fraternidad en Cristo y conseguir que reine y se mantenga entre ellos la paz y concordia del Señor (23). Fue en Aquitania, la región más duramente afectada por la desintegración de los poderes, donde bajo la égida de los Concilios reunidos alrededor de los obispos de la nobleza regional, se propagó un movimiento de pacificación que alcanzó no poco vuelo. **“Puesto que sabemos que sin la paz nadie verá al Señor** —exhortada por primera vez el obispo Guy de Anjou en el Concilio de Puy (975)—, **advertimos a los hombres, en nombre del Señor, que sean hijos de la paz”** (24). El propósito era circunscribir entre límites precisos el recurso a la violencia. Límites solamente, no se trataba de prohibirlo absolutamente porque habría desarticulado a un grupo social que se organizaba en función del combate. Los límites a que llegó esta **Paz de Dios**, como lo señala el Concilio de Charroux (989) presidido por Gombaudo, arzobispo de Burdeos, fue la protección de algunos lugares, como las iglesias y el espacio que las rodeaba. La Tregua de Dios (**treuga Dei**) surgida en el Concilio de Toulouse (1027) y que procede del mismo espíritu, protegía algunos períodos, como ciertos días de la semana (desde el sábado por la noche a la hora novena al lunes a la hora prima). Más tarde, se añadieron períodos de prohibición de la guerra, como el Adviento, la Navidad, la Cuaresma, la época pascual, la época comprendida entre las Rogaciones y la octava de Pentecostés, las tres fiestas de la Virgen y sus vigiliás, y diversas fiestas de los santos (25). También, quedaron incluidas algunas categorías sociales como los clérigos (**homines Dei**) y los agricultores (**rustici**) impuesta en 1016 por el Concilio de Verdun-sur-le-Doubs. Después, se amplió a todos aquellos que careciendo de armas no sólo eran inofensivos y vulnerables, sino que necesitaban la paz para sus actividades, v.g., los comerciantes.

Era la codificación de la guerra privada cuyo ejercicio no debía extenderse fuera del grupo de los caballeros. Este código contenía sanciones cuyo real efecto no es fácil considerar. El anatema o excomunión, era, entonces, una medida espiritual y temporal de un peso enorme, de la que hoy nosotros, insertos en un mundo desacralizado, desconfiamos por ineficaz. La excomunión, que estaba más generalizada de lo que imaginamos, significaba —dice Leopold Genicot— **“una expulsión solemne de la Cristiandad, esto es, de la Sociedad, puesto que ésta era enteramente cristiana e indefectiblemente llevaba implícita la condenación social a aquellos a quienes recaía este sello de oprobio** (26). Sin embargo, como se trataba tan sólo de poner límites, la Iglesia no podía obtener, y de hecho, no obtuvo un éxito total. La guerra se había transformado en un pasatiempo para los caballeros, y por ello es que la Iglesia pedía excluirla sólo dos tercios en el año. No se pretendía modificar una mentalidad arrastrada por el peso de una tradición varias veces secular, sino generar una atmósfera pacificadora, o, al menos, desincentivar el belicismo.

Otras fuerzas marchaban en sentido contrario, especialmente las tradiciones jurídicas o morales obedecidas universalmente, porque —como afirma Marc Bloch— **“casi de uno a otro extremo, la Edad Media, y en particular la era feudal, vivieron bajo el signo de la venganza privada”** (27). La venganza comprometía a todo el linaje, agrupado de ordinario bajo las ordenes de un jefe de guerra, encargado de tomar las armas para castigar la muerte, la ofensa o la injuria inferida a uno de los suyos. Hasta qué punto estas acciones fueron poderosas y duraderas, lo atestigua una decisión, algo tardía, del Parlamento de París en 1212, a instancias del Conde de Montfort con el fin de **restablecer las costumbres**

(23) *Son véritable dessein fut d'étendre sur terre le règne de Dieu, de soumettre l'univers à la loi de Christ en dominant les infidèles.* BONNAUD-DELAMARE, R.: *Fondement des Institutions de Paix aux XI^e siècle*, Mélanges Halphen (Paris, 1951) p. 20.

(24) Apud CONTAMINE, P.: *La guerra en la Edad Media* (Barcelona, 1982), p. 340.

(25) CONTAMINE, P.: *La guerra...* p. 342. BLOCH, M.: *La Sociedad...* II, pp. 157-166.

(26) GENICOT, L.: *El Espíritu...* p. 133.

(27) *Sigo de cerca a* BLOCH, M.: *La Sociedad...* I, p. 146. Vid. Tb. pp. 146-152.

tanto para el culto de la religión cristiana como para la paz temporal y la concordia (28). Con el compromiso de la parentela en la venganza se hacían interminables las querellas nacidas con frecuencia de causas fútiles. Tanto los príncipes como los juristas estaban preocupados en establecer la paz, pero sentían tenuemente la necesidad de sacrificar algo para salvar lo que se pudiera. Era moralmente inconcebible imponerle a la casta guerrera la renuncia total a toda venganza, menos aún en la práctica. La consecuencia no fue tanto la supresión de la guerra como la limitación de ésta a un pequeño número de poderes que detentaban, en la expresión de Max Weber, el monopolio de la violencia (29).

Sin embargo, esta verdadera estratificación de la guerra, no excluye que toda la sociedad, llegado el momento, hiciera uso de una práctica estatuida por la costumbre y sancionada por la moral colectiva. Los intentos por controlar la venganza no apuntaban a desconocer la legitimidad de su empleo, por muy anticristiano que hoy pueda parecernos. Ésta, la *faide* —la vieja palabra germánica que se extendió por Europa—, era, ante todo, el más sagrado de los deberes del individuo ofendido. El aforismo *la sangre llama a la sangre* que, sin duda cruento, era concebido como la justa expiación de un crimen. La Justicia se encargaba únicamente de prescribir las formalidades jurídicas de su aplicación, de manera que, regulada por la ley, desapareciera todo viso de arbitrariedad y fuera legal. Todo ello, porque en buena medida, la ejecución de las sentencias quedaba encargada a la iniciativa particular. Hoy es casi incomprensible esta normativa en un mundo en que, al menor menoscabo, recurrimos a la fuerza pública y a los tribunales.

El inmovible y pétreo sentido del Derecho que tenía el hombre medieval estaba asociado a una incontrastable certidumbre de que todo acto exigía una postrera sanción. El sentido de la Justicia —sostiene Huizinga— era todavía pagano en sus tres cuartas partes. Era necesidad de venganza (30). A pesar de los esfuerzos desplegados por la Iglesia para dulcificar los usos jurídicos, impulsando a la mansedumbre, la paz y la conciliación, la concepción del Derecho no sólo persistía, sino que había ido extremándose, hasta llegar a ser un puro saltar del polo de un bárbaro concepto del ojo por ojo y diente por diente, al polo de la aversión religiosa por el pecado (ibidem p. 34). La sociedad sentía más y más la urgente necesidad de que el Estado castigara con rigor, ya que se consolidaba la idea de que el crimen significaba al mismo tiempo un peligro para la sociedad y un ataque a la majestad divina. Floreció entonces, una Justicia minuciosa y cruel. Ello se explica, en buena medida, en que en el mundo medieval falta casi toda la doctrina de las atenuantes (31) que han convertido a nuestra justicia en “algo un poco vacilante y tímido, especialmente en su ejecución, dice Huizinga. Con su habitual polaridad, la Edad Media sólo conoce los dos extremos: la plenitud del castigo cruel o la gracia. La ley, pues, venía a dar un carácter legal a una práctica sancionada por la costumbre y, por ende, impuesta por el pueblo. Esto confabulaba gravemente contra los intentos por la paz.

No obstante estos espacios pacificadores, siguió siendo una época violenta y hasta salvaje, en la que la temporada de las guerras se enrojecía con los incendios de las cosechas, las chozas campesinas, en que los asesinatos, violaciones y mutilaciones se cometían hasta en los mismos santuarios, en el seno de las comunidades más estrechas, en el corazón de las familias. La historia del doloroso esfuerzo hacia

(28) *tam de cultu religionis christiane quam etiam de temporali terra illius pace et quiete, consuetudines plantaretur*, Pierre des Vaux-de-Crenay: *Historia Albigensis apud CALMETTE, J.: Textes et documents d'Histoire, Moyen Age*. (Paris, 1953) p. 144. BLOCH, M. *La Sociedad...* II, p. 147.

(29) CONTAMINE, P.: *La Guerra...* p. 342. En efecto, en el siglo XI no todas las guerras eran condenables; las llevadas a cabo contra los infieles, se consideraban loables. “*Tout guerre devenait légitime et sainte lorsqu'elle avait pour but la restauration de la paix de Dieu*” BONNAUD-DELAMARE, R.: *Fondement...* en *Mélanges Halphen*, p. 20.

(30) HUIZINGA, J.: *El Otoño...* p. 34. En lo que sigue me sirvo de Huizinga.

(31) DELUMEAU, JEAN: *La Reforma* (Barcelona, 1967) p. 7. HUIZINGA, J. *El Otoño...* *passim*; aquí Huizinga propone una tesis que el tiempo y los nuevos estudios se han encargado de confirmar.

la tranquilidad interna que recorre toda la época medieval, es una prueba de la persistencia de los males contra los cuales, con más o menos acierto, se intentaba luchar. En este sentido, los afanes desplegados por Guillermo el Conquistador en Inglaterra no fueron otra cosa que lo que Marc Bloch llamó **venganzas regularizadas**. Las primeras constituciones urbanas tuvieron la paz como principal motivo de preocupación, porque lo que más afectaba la tranquilidad ciudadana eran las discordias entre linajes.

Respecto a la vida rural, donde la documentación es escasa y parca, el estado de cosas no podía ser diferente. Los intentos de difundir la práctica de la composición o pago, a modo de indemnización por las ofensas no reivindicadas, junto con la proliferación de los **rescates** —pago por los prisioneros de guerra—, de algún modo estimularon otros males tanto más graves que aquellos a los que se procuraba darles fin. Las acciones de guerra tenían entonces, el acicate del rescate, si en ella se encontraba comprometido un noble. El rescate, el pillaje y el botín tuvieron consecuencias que fueron más atroces que la práctica de la esclavitud.

La urgente necesidad de promover concretamente la paz, llevó a los obispos a exigir, de buen o mal grado, un compromiso juramentado de parte de los **milites** para frenar la licencia. A la larga, sabemos, el juramento, rígido en un comienzo, se fue relajando en su fuerza vinculadora. Sin embargo, con todas las formalidades del juramento y las prescripciones, la paz se fue concibiendo como una verdadera conjuración, en la que los caballeros presentes en el Concilio, uno tras otro, eran llamados a prometer sobre los evangelios o algún reliquia, respetar el **pactum pacis**. La promesa no implicaba una actitud pasiva de no hacer la guerra, sino de procurar restaurar la paz y la justicia (**restauratio pacis et iustitiae**).

Esta búsqueda de la paz fue apoyada también por otros intentos paralelos llevados a cabo por los clérigos para cristianizar las costumbres militares (32). La bendición de las armas y la introducción de prácticas litúrgicas en el ritual del **adoubement**, prepararon una lenta conversión de la moral caballeresca, orientando las proezas hacia el servicio de Cristo (33). En este sentido, en la **Vita** de San Gerardo de Aurillac, escrita hacia 930 por San Odón, abad de Cluny, por primera vez —como ha señalado Georges Duby— se demostraba que un noble, un poderoso, podía llegar a la santidad, convertirse en un **miles Christi** sin necesidad de renunciar a las armas, aunque también sin derramar sangre (34).

LA GUERRA EN LA BAJA EDAD MEDIA

Pecunia nervus belli

Y así llegamos a los siglos XIV y XV, que Michel Mollat llama los tiempos difíciles y que Hui-zinga, con una fina percepción, le pareció que se trataba de un **otoño**. En todos los medios sociales comienzan a expresarse las lamentaciones por un evidente empeoramiento de la situación general del

(32) Un movimiento análogo fue impulsado en Alemania bajo Enrique III. La **indulgenze** y la **Landfrieden**. PREVITE-ORTON, C.W. **Historia del Mundo en la Edad Media** (Barcelona, 1978), I, p. 292.

(33) "Tal costumbre aparece atestiguada desde finales de la época lombarda en Italia. Varios pontificales, desde mediados del siglo X, contienen fórmulas de **consecrationes vexilli, ensis gladii, calcarum, clipei**. Una **oratio super milites** se expresa en estos términos: "Escucha, Señor, nuestra plegaria y bendice con la mano de tu majestad esta espada con la que desea ser cañido vuestro servidor para poder defender y proteger las iglesias, las viudas y los huérfanos y a todos los servidores de Dios contra la crueldad de los paganos y para poder ser el terror de todos aquellos que le tienden celadas". CONTAMINE, P.: **La Guerra...** p. 346.

(34) DUBY, G.: **Orígenes de la Chevalerie apud** CONTAMINE, P.: **La Guerra...** p. 344.

Orbis christianus. Especialmente dolorosas son las exclamaciones que se elevan de las clases más humildes, las que aparecieron aisladas primero, intermitentes durante el siglo XIV, ampliándose poco a poco hasta transformarse, en la primera mitad del siglo XV, en un lamento general. Cansancio de las dificultades materiales, inquietud y angustia ante la muerte amenazadora se expresan en las obras literarias, en los poemas retóricos, de una manera más precisa en los escritos íntimos, en los diarios, en las memorias, en los que la dureza de los tiempos se muestra en toda su desnudez.

A pesar de haberse afirmado lo contrario, los hombres de entonces tenían conciencia de los males que les aquejaban. Tal vez no les asignaban la trascendencia que hoy nosotros —con amplia perspectiva— discernimos con toda claridad. La decadencia de los tiempos llevó a que en la literatura campesina de las rogativas públicas, se insertara una nueva invocación: **a fame, bello et peste, libera nos, Domine.** El hambre, la guerra, la peste y la muerte, son, pues, la expresión real y cotidiana de los cuatro jinetes del Apocalipsis, acompañantes de continuo del hombre bajo-medieval.

No había terminado el siglo XIII cuando ya se había ingresado en el período de los conflictos de gran envergadura. La fórmula inventada por los historiadores modernos, y, en muchos puntos engañadora, **la guerra de los cien años** tiene al menos el mérito de evocar la permanencia de las hostilidades y el carácter, quizá más importante, de la época. Casi todos los grandes Estados del Occidente cristiano se vieron involucrados en esta guerra. Debe agregarse a este clima, las luchas de partidos en cada uno de los reinos hostiles, que, con frecuencia, eran llevadas hasta el extremo de la guerra civil. Las sublevaciones y complots principescos, coexisten con los ardides de los señores que, explotando las circunstancias, buscaban dar rienda suelta a sus apetitos. Las revueltas campesinas y los motines acompañan las algaras de las compañías (**routiers**), piratas y bandidos de toda especie que infestan por doquier la tierra y el mar. Recordemos las luchas de las monarquías hispanas entre sí, y todas contra el Musulmán. Las rivalidades entre los reinos escandinavos y la competencia de las ciudades hanseáticas con Dinamarca o con Inglaterra, muchas veces sostenida arma en mano. En las fronteras orientales del **Orbis christianus** la Orden Teutónica proseguía su gran combate contra los eslavos, mientras en el flanco del Sudeste, la irrupción otomana abría un nuevo frente permanente de combate, contra la que se rogaba diariamente recitando el **angelus**. Italia, en su reducido espacio, acogía los conflictos más complejos y duraderos, involucrando casi todas las fuerzas políticas de la época. La vida cotidiana, pues, tuvo que hacer un lugar a la guerra. Nacerían hombres que no habrían de saber nunca lo que era la paz, ni siquiera por el testimonio de sus abuelos, pues la frase del canónico de Cahors, que hacia el final del siglo XIV declaraba que **"en todo el tiempo de su vida no había visto otra cosa que guerra"**, hubiera podido ser pronunciada por su padre al igual que por sus sobrinos (35).

Nosotros en la actualidad estamos distantes de comprender algunas actitudes del hombre medieval, porque fue una época en que **todas las experiencias de la vida conservaban ese grado de espontaneidad y ese carácter absoluto que la alegría y el dolor tienen aún hoy en el espíritu de un niño.** La visión de Johan Huizinga sigue siendo certera en esto. Para la miseria y la necesidad —agrega— **había menos lenitivos que ahora; éstas resultaban, pues, más opresivas y dolorosas.** El contraste entre la enfermedad y la salud era más señalado. El frío cortante y las noches pavorosas del invierno, eran un mal mucho más grave. La ciudad moderna —sostiene Huizinga— apenas conoce la obscuridad profunda y el silencio absoluto, el efecto que hace una sola antorcha o una aislada voz en la lontananza. El

(35) MOLLAT, MICHEL. *Los Tiempos Difíciles* (Siglos XIV y XV) III parte del tomo "Edad Media" de la *Historia General de las civilizaciones* dirigida por Maurice Crouzet (Barcelona, 1961). LE GOFF, J.: *La Civilisation de l'Occident Médiéval* (Paris, 1964). RENOUVIN, P.: *Histoire des relations internationales* (Paris, 1963) I por F. L. Ganshof.

honor y la riqueza eran gozados con una fruición y avidez, tanto más cuanto que así se distinguía con más intensidad que ahora de la lastimosa pobreza. Quizás sea por estos contrastes que este caballero es, también, visiblemente incapaz de dominar los impulsos de su afectividad y de su imaginación. Se desborda la pasión espontánea en tal medida que salta una y otra vez por encima de la propia conveniencia y del cálculo (36). Lo que los sociólogos llaman el **self-goverment**, el autocontrol, es un elemento inexistente en el patrimonio socio-cultural del Occidente medieval. Toda la sociedad estaba enfrentada a una naturaleza que no puede controlar, especialmente en sus aspectos que más tocan al hombre, como es el frío, la producción, el rendimiento, las pestes, las enfermedades, etc. Esta actitud ante la naturaleza se concibe necesariamente como defensa. El paisaje rural, en el que los yermos ocupaban tan amplios espacios, llevaba de una manera menos sensible la huella humana. Las bestias feroces muy cerca del hombre y la alimentación sustentada en parte por la recolección de frutos salvajes, hacían, entre otras cosas, que detrás de toda vida social existiera un fondo de primitivismo (37). Este marco físico, sin la menor atenuación, debía contribuir necesariamente a la rudeza de los hombres. Las muertes frecuentes, las epidemias, las hambrunas, las violencias daban a la existencia un gusto de perpetua precariedad. Esto constituyó, probablemente, una de las mayores razones de la inestabilidad de sentimientos tan característica de la mentalidad de la era feudal. Agrégase a esto, la mala higiene, la inseguridad, los contrastes ¿Cómo desdeñar —se pregunta Marc Bloch— los efectos de una sorprendente sensibilidad ante las manifestaciones pretendidamente sobrenaturales? (38). Ponía a los espíritus de una manera constante y casi enfermiza, a la espera de toda suerte de signos, de sueños o de alucinaciones.

Era la tendencia de dar explicaciones sobrenaturales a las muchas situaciones para las que no conoce respuesta. Sumido en una pobreza material radical, en un mundo que ha dejado de ofrecer alivios materiales para la existencia, el hombre medieval no busca —como nosotros— encontrar las causas reales de estos sucesos trágicos. Ha dejado de buscar el bienestar en este mundo para llegar a abrazarle más allá de la muerte. Por ello es que las explicaciones que satisfacen entonces, son aquellas que apelan a las causas últimas, las que traspasan la existencia misma del hombre. La vida del medioevo transcurre en una constante y permanente disyuntiva escatológica. La felicidad medieval es una felicidad escatológica. Y en este sentido, es donde hay que inteligir la existencia extraordinariamente gravosa, desde el punto de vista moral y material que sobrelleva la civilización del Occidente medieval. Sólo a través de las obligaciones, entendidas como todo aquello que implica un esfuerzo del hombre, se podrá ir conquistando un lugar donde, desligado ya de las ataduras injustas del mundo material, la felicidad se funde en Dios. Por su parte, los derechos no están depositados en lo que da garantía de prosperidad, ni aspiran a la reivindicación terrenal, de la que el hombre medieval desconfía plenamente. La causa última y primera de la gravedad de los tiempos es el pecado humano, se decía.

I. LAS NUEVAS ARMAS

La guerra bajo-medieval no es la misma que la de antaño. Muchas cosas se transformaron en el siglo XIV. La principal novedad se debió a la mayor eficacia de las armas. La destreza de los ingleses fue incomparable durante la Guerra de los Cien Años, con el empleo del gran arco (**long-bow**), que disparaba lejos (260 mts. aprox.), con fuerza y cuyo manejo era extraordinariamente rápido (39). En cambio, los franceses usaban la ballesta (**l'arbalète**) complicada y frágil. El pesado proyectil —el

[36] HUIZINGA, J. *El Otoño...*, p. 13 *Ibidem*, 14; 13; 29 respectivamente.

[37] Páginas inolvidables en BLOCH, M.: *La Sociedad...*, I, p. 86.

[38] BLOCH, M.: *La Sociedad...*, I, p. 87. HUIZINGA, J.: *El Otoño...*, cap. XIII *passim*.

[39] LOT, F.: *L'Art Militaire...*, I, pp. 312-315. Se admitía que a una distancia de 200 mts. el arquero no debía errar al blanco. La fuerza del tiro era tal que la flecha podía atravesar la cota de malla. MORRIS, J.: *The Welsh Wars of Edward I* (Oxford, 1901) pp. 100-2 *apud* LOT, F.: *Op. Cit.*, I, p. 314.

carreau— tenía un gran poder de perforación, y si no era capaz de matar al adversario, sí podía derribarlo de su cabalgadura. Pero la rapidez de tiro aseguraba el triunfo al **long-bow** sobre l'**arbalète** (40).

Los progresos de la metalurgia permitieron —a partir del siglo IX— una novedad en el arte militar: la artillería, fundada en la potencia de propulsión de la pólvora. Estas armas, difíciles de manejar, se empleaban desde la primera mitad del siglo XIV para al defensa de plazas, y después, para los sitios en lugar de las antiguas catapultas. En las batallas a campo abierto, actuaban sobre todo por su ruido aterrando a los caballos y a los hombres. Estas armas contribuyeron, además, según sostiene Burckhardt, a una democratización de la guerra, no sólo porque los más firmes castillos se estremecieron ante las bombardas, sino porque adquirió una cardinal importancia la destreza del ingeniero, del fundidor, del artillero, ejercitada en medios burgueses (41). Este perfeccionamiento de los instrumentos de ataque a distancia hizo risible la protección del escudo de cuero y de la antigua cota malla (**broigne**). La armadura tuvo que adaptarse. Sobre la cota de malla, en los puntos más vulnerables, se aplicaron láminas de hierro que en un principio fueron yuxtapuestas, pero que después formaron un conjunto llamado **armadura de placas**, que encerraba al combatiente en un carapacho suficientemente resistente, cada vez más perfeccionado y progresivamente más pesado. En el siglo XV una armadura de tipo moderno pesaba entre sesenta y ochenta kilos, y por eso el guerrero se había vuelto incapaz de armarse él sólo. Impedido, por lo mismo, de realizar muchos movimientos, estaba obligado a avanzar y a atacar de frente, sin poderse levantar si caía al suelo, hundiéndose en caso de haber fango. Además, las posibilidades de la caballería se habían reducido notablemente porque ningún caballo podía llevar muy lejos ni muy rápidamente caballeros tan pesados. La montura, por su parte, que no estaba acorazada, dejaba casi inmediatamente fuera de combate al caballo por los dardos de arqueros y ballesteros. De esto se deduce la creciente importancia de la lucha pie a tierra. Los caballeros franceses se adaptaron lenta y torpemente a costa de dolorosos fracasos, a la nueva táctica introducida por los ingleses.

Mientras va menguando la superioridad de los antiguos caballeros, aumenta la importancia de la infantería: arqueros, cuchilleros que atacaban con el puñal, a través de los intersticios de los carapachos, a las gentes de armas cuando habían caído al suelo, o sorprendiéndolos por la espalda puesto que no podían dar la vuelta. Poco a poco el hombre revestido de armadura, que antaño era el único guerrero digno de tal nombre, se halló integrado en un grupo de combate que lo enmarcaba; dos arqueros, un criado y un paje, encargados de cuidar las armas y los caballos durante el encuentro.

II. LA GUERRA NUEVA

Tales cambios modificaron también la mentalidad del guerrero. Por tenaces que fuesen las reglas morales formadas en las justas a la manera antigua, el combate —ahora que se mata desde lejos, que los **gens a pied** asesinan—, pierde gradualmente su aspecto de duelo, de asunto de honor que se debía ventilar lealmente y sin malicia. Aparecieron los especialistas de la guerra, los mercenarios, que iban a ella como hombres de oficio, atentos a la eficacia, poco preocupados de la cortesía y de los gestos caballerescos, gentes procedentes —las más de las veces— de las provincias más salvajes y de los grupos sociales más rudos. Los caballeros tuvieron que cambiar sus actitudes no sólo frente a la guerra misma, sino ante el adversario. Influyó la lenta contaminación de xenofobia que implicó luchar contra enemigos que hablaban otra lengua, que mostraban un comportamiento determinado por costumbres mu-

(40) Los ingleses disparaban 10 a 12 flechas por minuto, en tanto que la ballesta no podía lanzar más que 2 **carreaux** en el mismo lapso de tiempo. LOT, F.: *L'Art Militaire...* I, pp. 314-5.

cho más rudas, como los ingleses, acostumbrados en las guerras de Escocia y de Gales a la lucha sin cuartel. Para hacer frente a estas nuevas condiciones, los caballeros de honor, que tendían a considerar los encuentros como verdaderos juegos, hubieron de infundirse un mayor desprecio por la vida humana (42). Las batallas ordenadas y preparadas de antemano, eran cada vez más raras. Las acciones vitales consistirían en rápidas cabalgadas de sorpresa, persecuciones, emboscadas, escaramuzas entre pequeñas bandas muy móviles. Los sitios se convirtieron en los principales episodios de los combates. Estos sitios se hacían interminables, pues los castillos y las ciudades, donde los procedimientos de defensa estaban más adelantados que los del ataque, estaban transformadas en fortalezas inexpugnables. Los largos cercos trajeron otra novedad, esto es, que extendieron la temporada de los combates durante el invierno, período en el que el sitiador se instalaba levantando sus propios alojamientos fortificados frente a los del enemigo. Sin embargo, estos sitios detenían largo tiempo a los ejércitos en un punto del territorio pacificando al resto del país.

La guerra nueva es también desastrosa —mucho más que los conflictos de antaño—, pues es deliberadamente destructora. Las incursiones inglesas, en el primer período de la **Guerra de los Cien Años**, fueron expediciones de rapiña sistemática, y largos convoyes llevaban el botín hasta los barcos. Después de algunos desconcertantes fracasos como en **Crecy** (1346), Carlos V respondió a estas **razzias** mediante una nueva táctica: devastar previamente los campos desalentando a los ingleses al destruir —delante de ellos— lo que se disponían a coger (**vale más país saqueado que tierra perdida**, se decía).

Italia, el país más complicado políticamente, fue escenario del cambio de la concepción de la guerra, pues, por primera vez, encontramos una ciencia y un arte de la disciplina bélica, considerada como una totalidad coherente. Muchas abominaciones hubo de pagar la península por este perfeccionamiento teórico de la guerra, por esta manera absolutamente racional de considerar la cosa bélica. Las empresas se organizaban, algunas, con la pura promesa del saqueo. Francesco Sforza tuvo que permitir que sus soldados saquearan Piacenza en 1447 durante cuarenta días, lo que llevó a que casi toda su población abandonara la ciudad y tuviera que ser repoblada coactivamente. Estos escenarios de horror persistieron más tarde en la península con la llegada de tropas extranjeras, entre las que los españoles les cabe un lugar tristemente célebre.

Indudablemente, todas estas circunstancias atroces que acompañan a toda guerra, es lo que hace que ella, uno de los cuatro jinetes apocalípticos, vaya de la mano con los otros cuatro, merodeadores ubicuos del **Orbis Christianus**: el Hambre, la Muerte y la Peste (43).

III. EL RESCATE

Se comprenderá que en estos largos sitios mencionados, en los que se probaba la paciencia y el desgaste, surgiera esta nueva guerra que era esencialmente —y quizás más que nunca antes—, un juego de rescates, un gran juego de dinero. En él se arriesgaba la fortuna propia con la esperanza de ganar

(41) LOT, F.: *L'Art militaire...* I, p. 439. Apéndice II: *Note sur l'Artillerie nouvelle à poudre*, pp. 465-469. BURCKHARDT, J.: *La Cultura del Renacimiento en Italia* (Barcelona, 1964), pp. 75-6.

(42) HUIZINGA, J.: *El Otoño... decisivo es el cap.: Significación política y militar del ideal caballeresco*, pp. 133-152. *Tb. cap. IV*, p. 95. Ello explica que Jean Froissart considere que también *en armes aviennent tant de grands merveilles et de belles aventures*. *Chroniques* (Bruxelles, 1967) II, pp. 8-9.

(43) HEERS, J.: *Occidente durante los siglos XIV y XV* (Barcelona, 1968), p. 60. BURCKHARDT, J.: *La Cultura...* p. 77.

otra. Los pobres que no tenían con qué pagar su rescate, eran muertos sin vacilación (44). Se trataba de no matar a los vencidos cuando se sabía que eran provistos de dinero, pues, eso sería perderlo todo (45). Normalmente, toda batalla se detenía en cuanto el adversario abandonaba el terreno de la contienda. Nada de persecuciones. Los vencedores ponían a buen recaudo sus prisioneros y nadie arriesgaba nada. Así, entonces, no había batalla decisiva, ya que la guerra se prolongaba con los rescates, las cautividades y las negociaciones. Estas costumbres acarrearán un enorme movimiento de moneda de plata y de oro en un tiempo en que el numerario era escaso. El circuito normal de la moneda se alteraba, provocando transferencias de fortuna que desequilibraban a la nobleza.

Y aunque la guerra en sí no causa gran número de víctimas, desastroza es también porque se ha transformado en una guerra de profesionales, y esa es la mayor desdicha (46). La profesionalización de la guerra está vinculada al ingente grado de secularización que invade a la acción política en la baja Edad Media mediterránea. Si después de todo cabe anotar alguna excelencia en el arte italiano del Estado, ha de referirse al modo objetivo, exento de prejuicios, con que trataron todas aquellas cosas inherentes a él, y, también, por supuesto, a la guerra. Tanto príncipes como consejeros concordaban en que las cosas habían de tratarse sólo desde el punto de vista de su situación real, mirando los fines que debían alcanzarse. En este sentido, en lo que tiene pertinencia a las personas cuyos servicios se utilizaban como asimismo a los aliados que se buscaban, procedieran de donde fuera, no existía ya un orgullo de casta que pudiera retraer a nadie. Italia, el territorio donde primero se impuso el régimen mercenario, había de ser el ámbito donde surgieran los *condottieri*. Italia fue, precisamente, donde —a juicio de Burckhardt— la guerra llegó a ser una “obra de arte” (47).

Por su parte, el rey de Francia, el de Inglaterra y más tarde los príncipes ya no se contentarán con los servicios de sus vasallos. En el momento de emprender una campaña harán tratos con capitanes, empresarios de combate, aventureros de los más diversos orígenes: alemanes (*lansquenets*), albaneses (*estradeurs*), franceses (*ecorcheurs*), navarros, loreneses, los que mediante pago ponían a disposición su compañía (*route*, como se decía en Francia) (48). No eran ejércitos, sino bandas de 20 ó 30 hombres de armas. No podían vivir de otra cosa que de la guerra, pues eran aventureros sin patria y sin hogar. La guerra se había vuelto un oficio rentable para ellos, y por esta causa la hacían con eficiencia. Pero cuando surgía una paz o una tregua, los *routiers* eran “licenciados” porque el soberano no estaba en condiciones de pagarles fuera del tiempo de guerra (49). No obstante, no todas las compañías se disolvían. La mayoría de ellas, formadas por combatientes desarraigados e incapaces de volver a su antigua manera de vivir, seguían practicando el pillaje —autorizado en la práctica si no legalmente— para su propia subsistencia. Hacia 1422, Alain Chartier se quejaba de que aquello no fuera una

(44) BLOCH, M.: *La Sociedad...* II, pp. 17 - 19.

(45) Fue por accidente, en medio de la exaltación por una victoria imprevista y asustado por una falsa alerta, Enrique V de Inglaterra al anochejar después de la batalla de Azincourt, hizo pasar por las armas a la mayoría de sus prisioneros. Huetz dice que ello significó un ruinoso desperdicio largo tiempo deplorado. DUBY—MANDROU: *Historia de la Civilización Francesa* (México, 1966), p. 158. LOT, F.: *L'Art Militaire...* II, pp. 8 - 13.

(46) Sigo de cerca los capítulos ceteros de LOT: Op. Cit.: *La guerre considérée comme une profession*: a) *Les expéditions des routiers catalans dans l'Empire Byzantin*, pp. 371 - 304. b) *Les grands compagnies au XIV^e siècle*, pp. 395-411. c) *La condotta et les condottieri en Italie. XIV^e - XV^e siècles, 1313-1494*, pp. 412-434.

(47) BURCKHARDT, J.: *La Cultura...* pp. 68-77.

(48) Todos los cronistas de la baja Edad Media los mencionan constantemente, como Jean Froissart: *gens d'armes et saudoiers, alemanes, haynuiers, bräibengons e hasbegnons et gens de tous pays qui a lui venoient (rey de Navarra) et les servoient volentiers, car il les palent largement*, cap. V, pp. 119-120.

(49) El subsidio de guerra, mantenido a través de un impuesto, estaba estrictamente limitado al tiempo de guerra. Desde el momento en que firmaba una tregua, la carga impositiva cesaba inmediatamente. LOT, F.: *L'Art Militaire...* I, pp. 430-432. POUNDS, N.J.G.: *Historia Económica y Social de la Europa Medieval* (Barcelona, 1981) pp. 500-1.

guerra, sino un latrocinio privado que se había hecho lícito porque no sólo la justicia estaba ausente, sino que la fuerza pública se encontraba precisamente en manos de violentos (50). Este latrocinio de las *compagnies* prolongaba y ahondaba las miserias de la guerra, haciendo de la violencia algo cotidiano. Lo que resulta paradójico, es que las treguas se volvían más dolorosas que las fases activas de los conflictos, cuando los soldados —por lo menos— estaban ocupados en batirse entre sí. Después de la batalla de *Bretigny*, en 1360, grandes compañías con las que no se sabía qué hacer, se dispersaron por las provincias francesas que se habían librado en parte de la guerra (la Borgoña, el valle del Ródano) amenazando al Papa en Avignon e incluso negándose a partir en la Cruzada (51).

A mediados del siglo XV, el arzobispo de Florencia, Antonino (1389 - 1459), expresaba su parecer sobre la situación general del *Orbis Christianus*, dividido por las luchas insensatas de los príncipes cristianos que devastaban la Cristiandad y la debilitaban frente al mundo pagano con inacabables guerras y rivalidades: lo que uno posee justa y pacíficamente y viene poseyendo de antiguo, otro de improviso, lo ocupa y arrebató por la violencia, pese a lo que sus confesores... ¡le absuelven!... ¿Quién puede disculpar esto? yo no sé qué contestar. ¡Que obren con cuidado y se prevengan! De lo contrario es de temer que arrastrarán a innumerables pueblos consigo al infierno (52). Junto a la duda y la desesperanza, todo indicaba que los tiempos no eran buenos. Los gobiernos europeos andaban sobradamente discordes entre sí, y además, eran ya insensibles a aquellos sentimientos de fe que habían levantado el entusiasmo de las cruzadas. Los encendidos ruegos del Papa Nicolás V para reanimar la Cruzada, no fueron acogidos por ningún monarca cristiano (53).

Desde la toma de los Santos Lugares de Jerusalem, los Turcos Seljuídas se fueron convirtiendo durante la baja Edad Media en los infieles más odiados en la historia del Orbe Cristiano. Avanzando a partir del siglo XIII, terminaron por socavar las defensas del Imperio Bizantino que servía de antemural defensivo para la Europa cristiana. En mayo de 1453, Mahomet II se presentó ante la *Roma Griega*, la ciudad de Constantinopla (54). El día 29, Constantino XI, último emperador y descendiente de los Césares en ininterrumpida sucesión, murió luchando en las calles de Constantinopla y Bizancio cayó en manos de los turcos. La fecha fue aciaga para la Cristiandad. Caía el baluarte que durante siglos había resistido el asalto del Islam, caía la cuna de las misiones que llevaban el Cristianismo a los eslavos, caía el hogar del Helenismo, donde el pensamiento griego y la lengua griega aún conservaban su vigor y su frescura. Es por esto que cuando Mahomet II contempló el escenario de su victoria, le pareció como si Asia, por fin, hubiese tomado venganza por las victorias de Alejandro Magno, y revocó una de las grandes sentencias de la Historia. El Imperio Romano que había dominado en Europa, Asia y Africa, había desaparecido para siempre. Era el fin de una época.

(50) "Que apelle je guerre? Ce n'est pas guerre qui en ce royaume se mayne, c'est une privée roberie, ung larrecin habandonné, force publique soubz ombre d'armes et violente rapine que faulte de justice et de bonne ordonnance fait estre loisible". Le quadrilogue invectif. C.H.F. (1920) pp. 18-9. apud CALMETTE, J.: *Textes et documents...* p. 221.

(51) DUBY-MANDROU: *Historia de la Civilización...* p. 188.

(52) *Summa Theologica* (Verona, 1470) III, cap. II, "Preamium", col. 180 apud HOEFNER, J.: *La Etica Colonial Española del Siglo de Oro* (Madrid, 1957), p. 84.

(53) CASTGLIONI, CARLO: *Historia de los Papas* (Barcelona, 1963) cap. II, p. 152. RENOUVIN: *Histoire de relations internationales* (Paris, 1953) II por G. Zeller, pp. 299-308; 383 - 387.

(54) PIRENNE, J.: *Les Grands Courants de l'Histoire Universelle* (Paris, 1950) II, p. 309. BRAUDEL, F.: *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la Época de Felipe II* (México, 1953) I, pp. 549-554. GRUNEBaum, G. von: *L'Islam Médiéval* (Paris, 1962). R. GROUSSET: *L'Empire du Levant. Histoire de la question d'Orient*. Payot (Paris, 1949) pp. 626-648. 1453 - 1953 Le cinquième anniversaire de la Prise de Constantinople en L'Hellenisme Contemporaine. Revue bimestrielle (Athènes, 1953).